

- Goffman, E. (1978): «Reponse cries», *Language*, 54, págs. 787-815.
- Reboul, A. y J. Moeschler (1998): *Pragmatique du discours*, París, Armand Colin.
- Schegloff, E. A. (1988a): «Presequences and indirection», *Journal of Pragmatics*, 12, págs. 55-62.
- (1988b): «Goffman and the analysis of conversation», P. Drew y A. Wootton (eds.), *Erving Goffman. Exploring the interaction order*, Cambridge, Polity Press, págs. 89-135.
- Searle, J. R. (1992): «Conversation», J. R. Searle y otros, (*On*) *Searle on conversation*, Amsterdam, John Benjamins, págs. 7-29.
- Wilson, D. (1998): «Discourse, coherence and relevance: a reply to Rachel Giora», *Journal of Pragmatics*, 29, págs. 57-74.

JOSÉ PORTOLÉS

Universidad Autónoma de Madrid

D. ALBERTO DÍAZ TEJERA

Nos dejó el 15 de Julio del pasado año de 1999. Tanto nuestra Sociedad, como la Universidad de Sevilla y nuestra comunidad científica perdieron a un hombre y a un profesional poco común.

Fue alumno de la Universidad Complutense de Madrid, en la que quedó para siempre una gran parte de su ser, la otra parte la llevó a su quehacer en la Universidad de Sevilla.

Era Alberto un *avis rara* para la trivialidad científica que nos inunda. Era un humanista y un lingüista y un filólogo integral. Buen conocedor de las lenguas y los textos clásicos, demostró ser un magnífico crítico textual en su edición, que no pudo acabar, de Polibio. Y atraído toda su vida por la Lingüística, estudió todos los diversos avatares de Ciencia tan tendente a las novedades más veleidosas. Las estudió con sentido crítico, sin dejarse llevar nunca por efimeros esnobismos.

Y su innata pasión por el pensamiento abstracto le indujo a orientar a varios de sus alumnos para que abordaran el complicado campo de la filosofía neoplatónica y a leer sin telarañas a Aristóteles, autor al que terminó admirando más que al amado Platón de su juventud.

He conocido a pocas personas con tan abierta disposición para el diálogo: Alberto aprendía y enseñaba dialogando. No era hombre de imponer ideas, sino de sugerir ideas.

En sus ratos libres de estudioso era lector de poesía, nunca le atrajo la narrativa, y con frecuencia solía decir aquello que no pudo realizar: «Cuando me jubile, me sentaré en un banco del parque a escribir poesía». Y tal vez a releer una y otra vez a Vicente Aleixandre, su preferido.

Sus muchos años de dominio de la tragedia griega, unidos a su natural atracción por el estudio del alma humana, lo convirtieron en muy buen conocedor de los tres trágicos, sin que ocultara nunca su fascinación por Esquilo y por las dos obras de Sófocles, *Antígona* y *Edipo Rey*, cuya problemática tenía incorporada a su propio ser y hacer.

Estudioso diario en el silencio de su despacho de María de Padilla y en sus casas de Sevilla y Las Antillas, frente al mar, otro de sus grandes amores, estudió a fondo a los filósofos preplatónicos. De ello llegó a la conclusión de las enormes dificultades de un estudio a fondo, debido a la estratificación de sus doxógrafos. Le causaron una gran huella Parménides y Heráclito.

Como hombre de acción, puso en marcha el Departamento de Griego de la incipiente Sección de Filología Clásica de la Universidad de Sevilla, con la ilusión, fallida para él, de crear una escuela, una pena con la que murió. Pocos meses antes de morir me decía, con el dolor y la resignación de la dignidad: «¡Pensar que esto era todo! Al final te pasan todas las facturas quienes no debieron pasarlas nunca. No hemos podido crear ni continuar una escuela, todo es hostil, ni siquiera Agradados pudo».

Fue elegido decano de la entonces Facultad de Filosofía y Letras en tiempos muy difíciles y supo desempeñar su función, armonizando tendencias opuestas y no siempre fáciles de conciliar. El desempeño de su labor en los años en que fue decano, lo convirtió en un pilar de la Universidad de Sevilla.

Alberto Díaz Tejera era un hombre duro con metas fijas y claras, bajo apariencia de despistado y de usar senderos múltiples, podía jugar a sofista con pericia y lo hizo bien.

Supo respetar a sus iguales y contemporizar con bondad y tolerancia, incluso con los traidores. Era un hombre que disfrutaba haciendo favores gratuitamente, me comentaba un compañero de Latín, Bartolomé Segura.

Luchó denodadamente por guerras perdidas, cuyas desgracias para las Humanidades consiguió solo aplazar. Primero, para evitar la desintegración de la Facultad de Filosofía y Letras; luego, con los nuevos Planes de Estudios, consiguiendo, con un apoyo aplastante, salvar los cinco años — frente a alguna voz inexperta que avalaba la ventaja de «vender» títulos baratos — y que se aprobaran Planes muy dignos, dentro de las imposiciones políticas.

Desempeñó una labor importante en la Sociedad Española de Lingüística desde su fundación, habiendo pertenecido más de una vez a la Junta y sido Vicepresidente. Organizó el VII Simposio de nuestra Sociedad, en Sevilla, en 1977. También fue muy activo en la Sociedad Española de Estudios Clásicos, de la que fue Presidente, presidiendo en 1981 el VI Congreso Español de Estudios Clásicos en Sevilla. Y fue miembro de la Academia de Buenas Letras de Sevilla.

Dentro del campo de la Lingüística se distinguió por sus publicaciones (en esta revista, en *Emerita*, *Habis*, *Actas* de los Congresos de la SEEC, etc.) sobre temas ya de griego ya de Lingüística General: el aspecto verbal, la voz, el género gramatical,

el campo mostrativo, la gradación del adjetivo, los conectores, los modos, la subordinación, la semántica, etc.

Y era, al tiempo, hombre afable, al que adoraba todo el personal universitario. Este es un intento de presentar la imagen verdadera, aunque poco conocida, del hombre que nos dejó el verano pasado.

MERCEDES VILCHEZ